

su grandeza de alma y su humanidad, de los peligros de aquella situacion, teniéndole á él solo por su cau-dillo, invicto y superior á todos los casos de la fortuna, le rogaban que dispusiera de sus personas, de sus intereses, de sus armas, como le pareciese; porque mas querian morir puestos en sus manos, que salvarse haciendo traicion á tan encumbrada virtud. Propúsose por uno de los concurrentes que podria ser oportuno decretar la libertad de los esclavos; y conviniendo los mas en ello, dijo Caton que no consentiria en que tal se hiciese, porque no era justo ni conforme á las leyes; y solamente ahorrándolos sus dueños, recibiria á los que se hallasen en edad de tomar las armas. Hiciéronle en seguida muchas ofertas, y diciendo que los que quisieran se suscribieran en un registro, se retiró. Llegáronle de alli á poco cartas de Juba y Escipion; de los cuales aquel, que se habia ocultado en un monte con algunos pocos de los suyos, le preguntaba, qué determinaba se hiciese; porque le aguardaria si pensaba dejar á Utica; y si preferia sufrir un sitio, le auxiliaria con su ejército; y Escipion, que estaba al ancla en un promontorio no lejos de Utica, le manifestaba que tambien esperaba su resolucio-n.

Parecióle conveniente á Caton detener á los que habian traído las cartas hasta estar bien seguro de lo que harian los trescientos: porque los del Senado se mantenian en la mejor disposicion, y dando al punto libertad á sus esclavos, los habia armado; pero en cuanto á los trescientos, gente de mar y de negocios, y cuya riqueza consistia en esclavos por la mayor parte, en sus ánimos habian permanecido por poco tiempo las palabras de Caton, y muy pronto se habian desvanecido; á la manera de ciertos cuerpos que reciben fácilmente el calor, y fácilmente se quedan frios retirados del fuego. Asi estos, teniendo cerca á Caton, y viéndole, los inflamaba y acaloraba; pero

hablando luego unos con otros, el miedo de César podia mas que el respeto á Caton y á la virtud. Porque ¿quiénes somos nosotros, decian, y quién es aquel cuyas órdenes rehusamos obedecer? ¿No es aquel mismo César á quien se ha transferido todo el poder de los Romanos? De nosotros ninguno es ni Escipion, ni Pompeyo, ni Caton. ¿Y en un tiempo en que todos desatienden lo conveniente y justo por el miedo, en este mismo, defendiendo nosotros la libertad de los Romanos, haremos la guerra desde Utica á aquel mismo de quien huyó Caton con Pompeyo, dejándole dueño de la Italia? Y daremos libertad á nuestros esclavos contra César, cuando nosotros mismos no tendremos otra libertad que la que él quiera dejarnos? Miserables de nosotros, lo mejor es que conociéndonos en tiempo, aplaquemos al vencedor y le enviemos rogadores. Asi pensaban los mas moderados de los trescientos; pero la mayor parte estaban en asechanza de los Senadores, con ánimo de echarles mano para templar por este medio la ira de César contra ellos.

Aunque Caton no dejó de rastrear su mudanza, nada les dijo por entonces; pero escribiendo á Escipion y Juba que no pensaran en venir á Utica por la desconfianza que tenia en los trescientos, despachó los correos. Los de caballería, huidos de la batalla, que no componian un número despreciable, se dirigieron á Utica, y enviaron á Caton tres mensajeros que no venian con un mismo pensamiento, porque unos querian ir á unirse con Juba, y otros agregarse á Caton; y aun habia otros que tenian miedo de entrar en Utica. Caton, oidos sus mensajes, dió orden á Marco Rubrio para que estuviera en observacion de los trescientos, recibiendo sosegadamente las subscripciones para la libertad de los esclavos, sin violentar á nadie; y tomando consigo á los del orden Senatorio, salió fuera de Utica en busca de los

comandantes de la caballería. Llegado á ellos, les rogó que no abandonaran á tan esclarecidos Senadores de Roma, ni prefirieran á Juba por su general en comparacion de Caton; sino que juntos se salvaran y los salvarsen, entrando en una ciudad que no podia ser tomada por fuerza, y que tenia víveres y todo género de municiones y pertrechos para muchos años. Rogábanles esto mismo con lágrimas los Senadores, y los comandantes fueron á tratarlo con los soldados. En tanto Caton se sentó con aquellos en un colladito para esperar la respuesta.

Llegó en esto Rubrio acusando con grande enfado á los trescientos de estar moviendo una terrible confusion y alboroto para turbar la tranquilidad, y hacer que la ciudad se rebelase. Al oír su relacion decayeron todos de ánimo, y prorumpieron en lágrimas y sollozos; pero Caton procuró alentarlos, y á los trescientos les envió á decir tuviesen paciencia hasta su vuelta. Vinieron á este tiempo los que habian ido á explorar la tropa de caballería, y sus proposiciones no eran tan moderadas como hubiera sido de desear; porque decian que no necesitaban del sueldo de Juba, ni temian á César teniendo por caudillo á Caton; pero que encerrarse con los Uticenses, que al fin eran Fenicios y mudables, les parecia cosa dura: pues si ahora estan tranquilos, decian, á la llegada de César se volveran contra nosotros, y nos entregaran traidoramente; así que quien quiera valerse de nuestras armas y nuestras personas, eche primero fuera á los Uticenses, ó acabe con ellos, y entonces llámenos á una ciudad purificada de enemigos y de bárbaros. Propositiones bárbaras y feroces parecieron estas á Caton; mas sin embargo respondió templadamente que lo trataria con los trescientos; y volviendo á la ciudad, se fue á ver con estos; los cuales no anduvieron buscando pretextos y disculpas por respecto á su persona, sino que se le mos-

traron altaneros, diciendo que si se pensaba en violentarlos á hacer la guerra á César, ni podian ni querian. Algunos se dejaron caer ciertas expresiones sobre los senadores, y sobre detenerlos en la ciudad hasta la llegada de César; pero en cuanto á esto hizo Caton como que no lo habia oido, porque era un poco sordo; mas como llegase uno y le dijese que los de á caballo se marchaban, temeroso de que los trescientos tomasen alguna cruel determinacion con los senadores, se levantó y partió con los que siempre tenia á su lado; y viendo que aquellos efectivamente se habian puesto en marcha, tomó un caballo y fue á alcanzarlos. Vieron con gran placer que se dirigia hácia ellos, le aguardaron, y pidieron que con ellos se salvase; y se dice que en aquella ocasion se vió á Caton derramar lágrimas, rogándoles por los senadores, tendiéndoles las manos, y volviendo por las riendas algunos caballos y cogiéndoles las armas, hasta que recabó que aguardasen por aquel dia para proporcionar á aquellos seguridad en su fuga. Luego que volvió con ellos y puso á unos en las puertas, y á otros les confió la guardia de la ciudadela, temieron los trescientos que iba á tomarse venganza de su mudable conducta; por lo que enviaron rogadores á Caton, pidiéndole encarecidamente que pasase á oírlos; pero rodeándole los senadores, no se lo permitian, diciendo que no era razon dejar á su salvador y protector á la discrecion de unos traidores desleales. Porque á lo que parece todos igualmente cuantos se hallaban en Utica conocian, deseaban y admiraban la virtud de Caton, no quedándoles duda de que nada habia en sus obras que no fuese puro y sin doblez. Así es que un hombre, que muy de antemano tenia resuelto quitarse la vida, se tomaba por los otros los mayores trabajos, cuidados y afanes, para poder despues de haberlos sacado á to-

dos á salvo, sacarse á sí mismo de entre los vivientes, pues era bien clara su decision á darse la muerte, aunque él no lo dijese. Prestóse pues á los deseos de los trescientos despues de haber tranquilizado á los senadores, y se dirigió solo á ellos: los cuales se le mostraron agradecidos; rogándole que en todo lo demas se valiera y dispusiera de ellos con entera confianza; pero si no eran Catones, ni tenian el espíritu de Caton, compadeciera su debilidad. Dijéronle ademas que estaban resueltos á enviar quien suplicase á César, siendo su principal y primer ruego á favor del mismo; y que sino fuesen atendidos, no admitirian la gracia que se les dispensase, sino que pelearian por él mientras les durase el aliento. Caton agradeciendo su buena voluntad, dijo que en cuanto á sí mismos y á su propia salud convenia no perdieran tiempo en hacer sus ruegos, mas que por él no pidieran, porque las súplicas son de los vencidos, y las excusas de los que han agraviado; y él, no solo se habia conservado invicto por toda su vida, sino que habia vencido hasta donde habia querido, habiéndose sobrepuesto á César en las cosas honestas y justas; siendo este el cautivo y el sojuzgado, porque ahora estaban bien claros y manifiestos los criminales proyectos que habia negado tener contra la república.

Despues de tenida esta conferencia con los trescientos, se retiró, y dándosele aviso de que César estaba ya en camino con todo su ejército: ¡ola, dijo, con que nos tiene por hombres! Y vuelto á los senadores, les rogó que no se detuviesen, sino que se salvarasen, mientras todavía permanecian allí los de caballería. Cerró las demas puertas, y desde la única que daba al mar distribuyó las embarcaciones á los que estaban bajo su mando, cuidando del orden que habian de llevar, precaviendo toda injusticia, disipando las rencillas, y dando para el viage á los que ca-

recian de medios. Marco Octavio, que mandaba dos legiones, vino á poner sus reales cerca de Utica, y habiendo enviado quien dijese á Caton que deseaba se aclarase quién entre los dos habia de tener el mando, á él nada le respondió; pero á sus amigos les dijo: ¿y nos admiramos cómo se ha perdido la república, viendo que la ambicion del mando nos sigue hasta el borde del precipicio? Noticiósele á este tiempo que la caballería iba á partir, llevándose como despojos los bienes de los Uticenses, y dirigiéndose precipitadamente á ella, quitó aquellos efectos de las manos á los primeros que encontró, con lo que ya los demas se dieron priesa á arrojar lo que cada uno llevaba, y todos de vergüenza continuaron su marcha sin rebullirse y mirando al suelo. Caton, congregando dentro de la ciudad á los Uticenses, les pidió en favor de los trescientos, que no irritasen á César contra ellos, sino que mutuamente se procuraran la salud. Volviendo otra vez á la puerta del mar, estuvo mirando los que se embarcaban, y obsequió y acompañó á los amigos y huéspedes de quienes pudo recelar que marcharan. Al hijo no le propuso que se embarcase, ni creyó que seria puesto en razon que se separase del padre. Habia un tal Estatilio, hombre de pocos años todavía, pero que aspiraba á tener una grande entereza de ánimo, y queria imitar la impassibilidad de Caton. Deseaba pues que este tambien marchase, porque era de los que conocidamente aborrecian á César; y viendo que se resistia á ello, vuelto Caton á mirar á Apolonides el Estoico y á Demetrio el Peripatético: obra vuestra ha de ser, les dijo, el desinflamar á este hinchado, y amoldarle á lo que conviene. Continué despues en despedir á los demas, dando dinero á los que lo habian menester; y en esto pasó aquella noche y la mayor parte del día siguiente.

Lucio César, deudo del otro César, estando pa-

ra partir por diputado de los trescientos, rogaba á Caton que le formase un discurso elocuente para hacer uso de él en su comision á favor de aquellos; porque en cuanto á tí, le dijo, me parece que debo tomar las manos de César, y arrojarme á sus pies; pero Caton no permitió hiciera semejante cosa; pues si yo quisiera, le dijo, que mi salud fiera una gracia de César, á mí me tocaba ir á implorarla directamente; mas no quiero tener nada que agradecer á un tirano en aquello mismo en que es injusto, y no puede menos de serlo, salvando como dueño y señor á los que no era razon dominase; y en cuanto al modo que se ha de tener en rogar por los trescientos está bien que lo examinemos de comun acuerdo si te parece. Vióse pues para esto con Lucio, á quien al tiempo de marchar le recomendó su hijo y sus mas allegados, y despidiéndose de él, y abrazándole, volvió á casa; donde reuniendo al hijo y á los amigos, les habló de otras diferentes cosas, y les manifestó que no era conveniente que aquel joven tomara parte en el Gobierno, pues los negocios no permitian que pudiera haberse de un modo digno de Caton; y no siendo así, seria una afrenta. A la entrada de la noche pasó al baño, y acordándose mientras se bañaba de Estatilio, dijo en alta voz: ¿Has despedido, ó Apolonides á Estatilio, haciéndole bajar de su altivez, y se ha embarcado sin siquiera saludarme? ¿Cómo, replicó Apolonides? no ha sido posible por mas que le he hablado, sino que conserva su ánimo erguido é irreducible, manteniéndose en que quiere quedarse, y hacer lo mismo que tú hicieres. A esto dicen que Caton se sonrió, y dijo: pues bien, eso luego se verá.

Después del baño cenó con muchos convidados, sentado como tenia de costumbre después de la batalla de Farsalia, porque no se recostaba sino para dormir. Eran del convite todos sus amigos, y los

magistrados de los Uricenses; y la conversacion de sobremesa fue, con la bebida, erudita y amena, pasando de unas en otras pláticas sobre asuntos filosóficos, hasta que la disputa vino á recaer sobre las que se llamaban paradojas de los Estóicos, tales como está: Que solo el bueno es libre, y esclavos todos los malos. Aquí, como era natural, contradijo el Peripatético, á quien replicó con vehemencia Caton, y aumentando el tono y la presteza de la voz, llevó muy lejos el discurso, entablando una maravillosa contienda: de manera que á nadie le quedó duda de que su ánimo era poner término á la vida, y librarse de los males que le rodeaban. Así es que acabado el discurso, fue grande el silencio y la tristeza en que quedaron todos. Pero observándolo Caton y queriendo desvanecer la sospecha, hizo varias preguntas, y mostró cuidado sobre el estado de las cosas, temiendo, decia, por los que viajaban por el mar y por los que caminaban por un desierto falto de agua y habitado de bárbaros.

Levantáronse con esto de la mesa, y habiéndose paseado con sus amigos, segun que de sobrecena lo tenia de costumbre, dió á los comandantes de las guardias las órdenes que las circunstancias exigian, y se retiró á su habitacion después de haberse despedido del hijo, y de cada uno de los amigos, con mas cariño y expresion de lo que acostumbraba. Dando otra vez sospechas con esta novedad de lo que tenia meditado. Entrado que hubo, se encerró, y tomó en su mano el diálogo de Platon que trata del alma; cuando llevaba leida la mayor parte, se volvió á mirar encima de su cabeza, y no viendo colgada la espada, porque el hijo la habia quitado mientras estaba en la mesa, llamando á un esclavo, le preguntó quién habia tomado la espada. No le respondió el esclavo, y otra vez volvió al libro; pero al cabo de poco, sin manifestar cuidado ni solicitud, sino ha-

ciendo como que necesitaba la espada, mandó que se la trajesen. La dilacion era larga, y nadie parecia: acabó pues de leer el libro, y volviendo á llamar á los esclavos en voz ya mas alta, les pidió la espada, y aun á uno de ellos le dió una puñada en la cara, lastimándose y ensangrentándose la mano. Irritóse entonces sobremanera, y á grandes gritos decia que el hijo y los esclavos trataban de entregarlo inermé en manos de su enemigo: hasta que el hijo corrió llorando con los amigos, y echándose á sus pies, se lamentaba y le hacia los mas tiernos ruegos. Levantándose entonces Caton y mirándole indignado: „¿Cuán- do ó cómo, le dijo, he dado yo motivo sin saber- lo para que se crea que he perdido el juicio? Na- die me amonesta y corrige por haber tomado al- guna desacertada disposicion, ¿y se me quiere pro- hibir que me dirija por mi razon, y se me dasar- ma? ¿Por qué, ó joven, no atas á tu padre volvién- dole las manos á la espalda hasta que venga César, y me encuentre en estado de que ni siquiera pueda defenderme? Porque puedo muy bien no pedir la es- pada contra mí, cuando con detener un poco el aliento, ó con estrellarme contra la pared está en mi mano el morir.”

Dicho esto, el joven salió haciendo grandes lamentaciones, y con él los demas, no quedando otros que Demetrio y Apolonides, á los cuales habló ya mas templadamente, diciéndoles: „¿Acaso vosotros tambien os habeis propuesto detener en la vida á un hombre de mi edad, observándole en silencio sen- tados? ¿O venis con algun discurso para persuadir que no es terrible ni vergonzoso el que destituido Caton de otro medio de salud, la espere de su ene- migo? ¿Por qué no hablais demostrándome esta proposicion, y haciéndome desaprender lo apren- dido, para que desechadas las primeras opiniones y doctrinas en que me he criado, y hecho mas sabio

„á causa de César, le tenga que estar mas agradeci- do? Hasta ahora nada tengo determinado hacer de mí; pero cuando lo determine, es razon que que- de dueño de egecutar lo que resolviere. En cierta manera voy á deliberar con vosotros, pues que me he de valer de las razones con que soéis vosotros filosofar. Idos pues confiados, y decid á mi hijo que no violenté á su padre en aquello que no pue- de persuadirle.”

Nada respondieron á esto Apolonides y Deme- trio, sino que se salieron llorando. Vino en esto un mozo, trayéndole la espada, y tomándola en la mano la desvainó y reconoció; y al ver que con- servaba la punta y el filo, diciendo, ahora soy mio, puso á un lado la espada, y volvió á leer en el libro, diciéndose que lo pasó todo dos veces. Despues se recogió y durmió un sueño tan profundo, que se le oía de la parte de afuera. Y como á la media noche llamó á sus libertos, Cleantes, que era médico, y Butas, de quien principalmente se valia para los en- cargos relativos al Gobierno. Envióle pues al mar pa- ra que informándose de si todos se habian embarca- do, volviera á decírselo, y al médico le alargó la mano, que estaba manchada del golpe que habia da- do al esclavo, para que se la vendara: cosa que hizo muy á gusto de todos, porque parecia indicio de que- rer vivir. A poco volvió Butas anunciando que to- dos los demas se habian dado á la vela, y solo Cra- so se habia quedado por cierta ocupacion, nada mas que en cuanto no estar embarcado; y que era gran- de la tormenta y viento que agitaba el mar. Suspiró Caton al oírlo por compasion de los que se hallaban embarcados, y otra vez mandó á Butas á la ribera para que si alguno habia dado la vuelta por faltarle alguna cosa, le trajese el aviso. Cantaban ya los ga- llos, y se recogió otro poco para dormir; pero vol- viendo Butas, y diciéndole que habia la mayor quie-

tud en el puerto, le mandó que cerrara la puerta, y se puso en el lecho como para descansar lo que restaba de la noche; mas luego que salió Butas, desenvainando la espada, se la pasó por debajo del pecho, y no habiendo tenido la mano bastante fuerza por la hinchazon, no pereció al golpe, sino que cayó de la cama medio moribundo, é hizo ruido por haber derribado una caja de instrumentos geométricos que estaba inmediata; con lo cual habiéndolo sentido los esclavos, empezaron á gritar, y acudieron inmediatamente el hijo y los amigos. Viéndole bañado en sangre, y que tenia fuera las entrañas, todos se conmovieron terriblemente, y el médico, que tambien habia entrado, como las entrañas estuviesen ilesas, procuró reducirlas y cerrar la herida; pero luego que Caton volvió del desmayo y recobró el sentido, apartó de sí al médico, se rasgó otra vez la herida con las manos, y despedazándose las entrañas, falleció.

En menos de lo que pudiera necesitarse para que se hubiera difundido la novedad por toda la casa, estaban ya á la puerta los trescientos, y de allí á poco habia acudido en tropel el pueblo de Utica, llamándole á una voz su bienhechor y salvador, y el único hombre libre é invicto, y esto lo hacian cuando se les daba el aviso de que ya César estaba á las puertas; pero ni el miedo, ni la adulacion al vencedor, ni sus mismas divisiones y discordias los hicieron mas contenidos en tributar todo honor á Caton. Adornando pues el cadaver con el mayor esmero, y disponiéndole unas magníficas exequias, le enteraron en la ribera del mar, en el sitio en que hay ahora una estatua suya con espada en mano; y hasta haberlo egecutado no pensaron en los medios de salvarse y salvar la ciudad.

César, cuando supo por los que llegaban de Utica que Caton se mantenía allí sin pensar en huir, y que despachando á los demas, él y su hijo y sus

amigos atendían á todo sin mostrar el menor rezelo, no sabia qué pensar de aquella conducta; y como hiciese de él la mayor cuenta, siguió con el ejército apresurando la marcha; pero luego que oyó su muerte se dice que exclamó: ¡oh Caton, te envidio la gloria de tu muerte, ya que tú no me has querido dejar la de salvarte! Porque en realidad el que Caton, habiendo esperado hubiera debido la vida á César, mas que en desdoro de su nombre, habia de ceder en honor y gloria de este. Lo que habria sido no se sabe; aunque las conjeturas estan en favor de César.

Murió Caton á los cuarenta y ocho años de edad; y su hijo ninguna ofensa recibió de César. Dicese de él que fue desidioso, y en punto á mugeres no del todo irreprehensible: así en Capadocia, siendo su huésped Marfadates, que era de la familia real, y tenia una muger muy bien parecida, como se detuviese mas tiempo del que convenia, se le zahirió diciéndose contra él:

Mañana se va Caton
Al cabo de treinta dias;

y

Porcio son y Marfadates
Dos amigos, alma una.

Porque el nombre de la muger de Marfadates en Griego¹ equivalia al de alma; y ademas

Noble é ilustre es Caton:
Es su alma un alma regia.

Mas toda esta mala nota la borró y desvaneció con su muerte; porque peleando en Filipos por la libertad de la patria contra César y Antonio, como fue vencida su division, y no quisiese ni huir ni ocultarse, provocó á los enemigos poniéndoseles bien á la vista; trató de alentar á los que todavía quedaban

¹ La muger de Marfadates se llamaba Psique, y Psique en Griego es alma.

con él, y murió dejando á los contrarios admirados de su virtud. Aun fue mas admirable la hija de Caton, que no cedia al padre ni en modestia ni en valor. Estaba casada con Bruto, el que mató á César; tuvo parte con él en aquella conjuracion, y se quitó la vida de un modo digno de su linage y de tanta virtud, como en la vida de Bruto lo dejamos escrito. Estatilio, aquel que queria imitar á Caton, entonces fue detenido por los filósofos para que no se diese muerte como intentaba; pero despues, habiéndose mostrado muy fiel y muy util á Bruto, murió con él en la batalla de Filipos.

No dejan de proceder con razon y tino los que aplican á los ansiosos de gloria la fábula de Ixion, que abrazó á una nube en lugar de Juno, y de aquel congreso nacieron los Centauros; porque tambien aquellos, abrazando la gloria como una imagen de la virtud, no hacen nada fijo y determinado, sino cosas bastardas y confusas, llevados ora á una parte y ora á otra, siguiendo los deseos y las pasiones ajenas, á manera de lo que los baqueros de Sofocles dicen de sus manadas:

Siendo de estos los amos, les servimos;
Y aunque callan, es fuerza hacer su gusto;
que es lo que en realidad les sucede á los que gobiernan segun los deseos y caprichos de la muchedumbre, sirviendo y complaciendo para que los llamen demagogos y magistrados; porque á la manera que los que hacen la maniobra en la proa de la nave ven las cosas que se presentan delante antes que el piloto, y sin embargo vuelven la vista á él y hacen lo que les mandá, de la misma suerte los que gobiernan y atienden á la gloria, solo son sirvientes y criados de la muchedumbre, aunque tengan el nombre de gobernadores.

Porque el que es consumado y perfectamente bueno ha de saber pasarse sin la gloria, como no sea en cuanto sirve de apoyo para los hechos por la confianza que da. Al que empieza y siente los estímulos de la ambicion se le ha de permitir el envanecerse y jactarse hasta cierto punto con la gloria que resulta de las acciones distinguidas; porque las virtudes que nacen y empiezan á arrojar pimpollos en los que son de esta índole, y sus buenas disposiciones, se fortifican, como dice Teofrasto, con las alabanzas, y crecen para en adelante á la par de su noble engreimiento; pero lo demasiado, si siempre es peligroso,